

“Capítulo 2. [Descripción de los milicianos septentrionales]”
p. 17-21

José Hermenegildo Sánchez García

*Inscripción, ensaladillas y diarios de este Real de Borbón
Testimonio de un soldado cronista sobre Nuevo
Santander, 1760-1814*

Patricia Osante y Carrera y Nancy S. Leyva Gutiérrez
(estudio introductorio, transcripción y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2023

LXIV + 174 p.

Figuras

(Serie Documental 33)

ISBN 978-607-30-7629-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 7 de agosto de 2023

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/782/inscripcion_ensaladillas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere, se cite la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

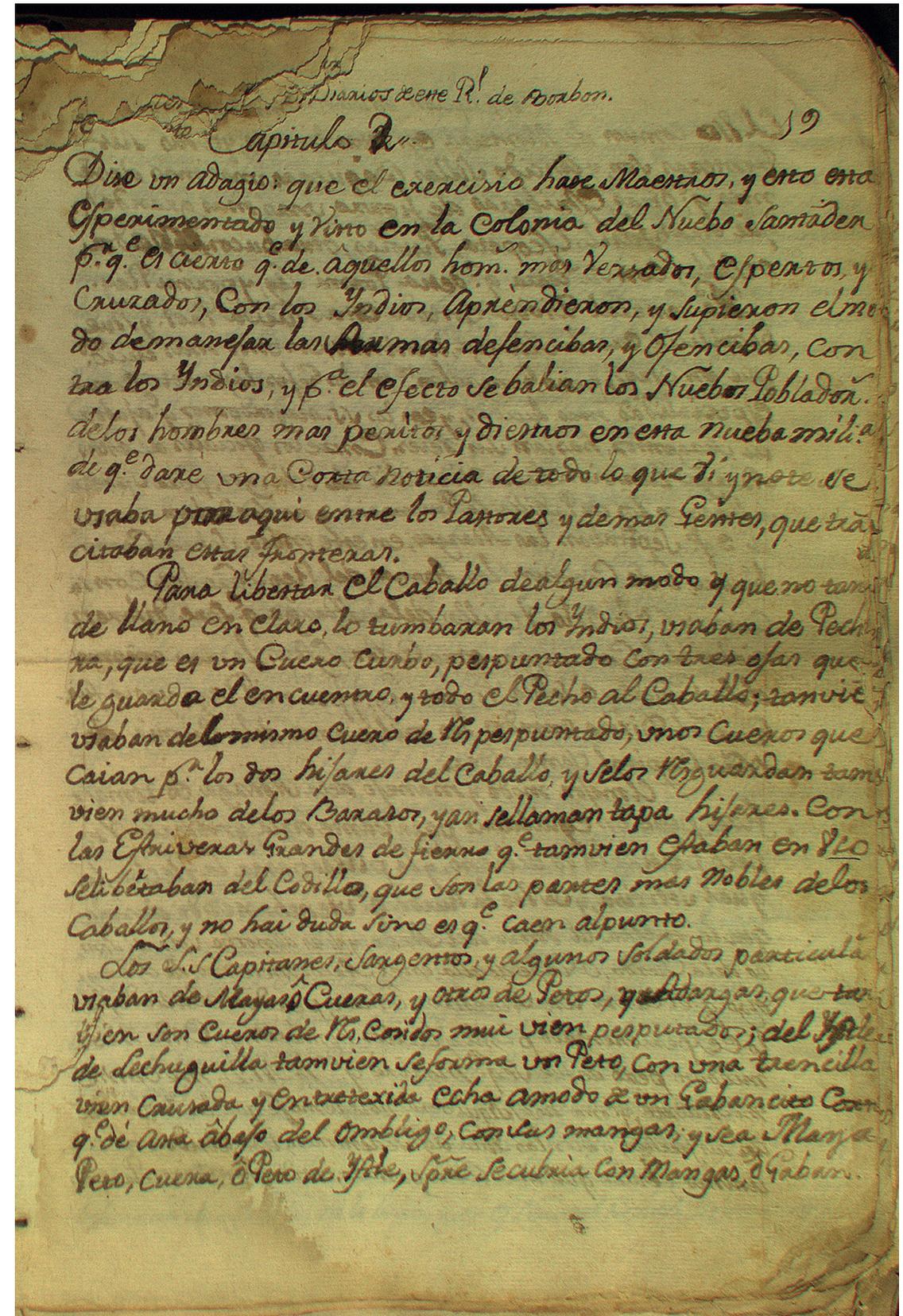


Dice un adagio que el ejercicio hace maestros y esto está experimentado y visto en la Colonia del Nuevo Santander, porque es cierto que de aquellos hombres más versados, expertos y cruzados con los indios aprendieron y supieron el modo de manejar las armas defensivas y ofensivas contra los indios; y para el efecto se valían los nuevos pobladores de los hombres más peritos y diestros en esta nueva milicia de que daré una corta noticia de todo lo que vi y noté, se usaba por aquí entre los pastores y demás gentes que transitaban estas fronteras.

Para libertar el caballo de algún modo y que no tan de llano en claro lo tumbaran los indios, usaban de pecheras que es un cuero curvo, respuntado con tres hojas que le guarda el encuentro y todo el pecho al caballo. También usaban del mismo cuero de res respuntado unos cueros que caían por los dos hijares del caballo y se los resguardan también mucho de los varazos y así se llaman tapa hijares. Con las estriberas grandes de fierro que también estaban en uso se libertaban del codillo que son las partes más nobles de los caballos; y no hay duda sino es que caen al punto.

Los señores capitanes, sargentos y algunos soldados particular[es] usaban de mallas o cueras y otros de petos y adargas que también son cueros de res cocidos, muy bien respuntados. Del ixtle de lechuguilla¹³ también se forma un peto con una trenquilla bien cruzada y entretejida hecha a modo de un gabancito corto que dé hasta abajo del ombligo, con sus mangas. Y sea malla, peto, cuera o peto de ixtle siempre se cubría con mangas o gabán.

¹³ La lechuguilla es un agave de la que extraen cordeles e hilos, tapetes, brochas y cepillos. También es llamada ixtle y una variedad más dura es conocida comercialmente como "fibra Tampico". En algunas zonas del suroeste del actual estado de Tamaulipas también se produce mezcal, principalmente en San Carlos. Esta última información fue corroborada por Octavio Herrera Pérez.

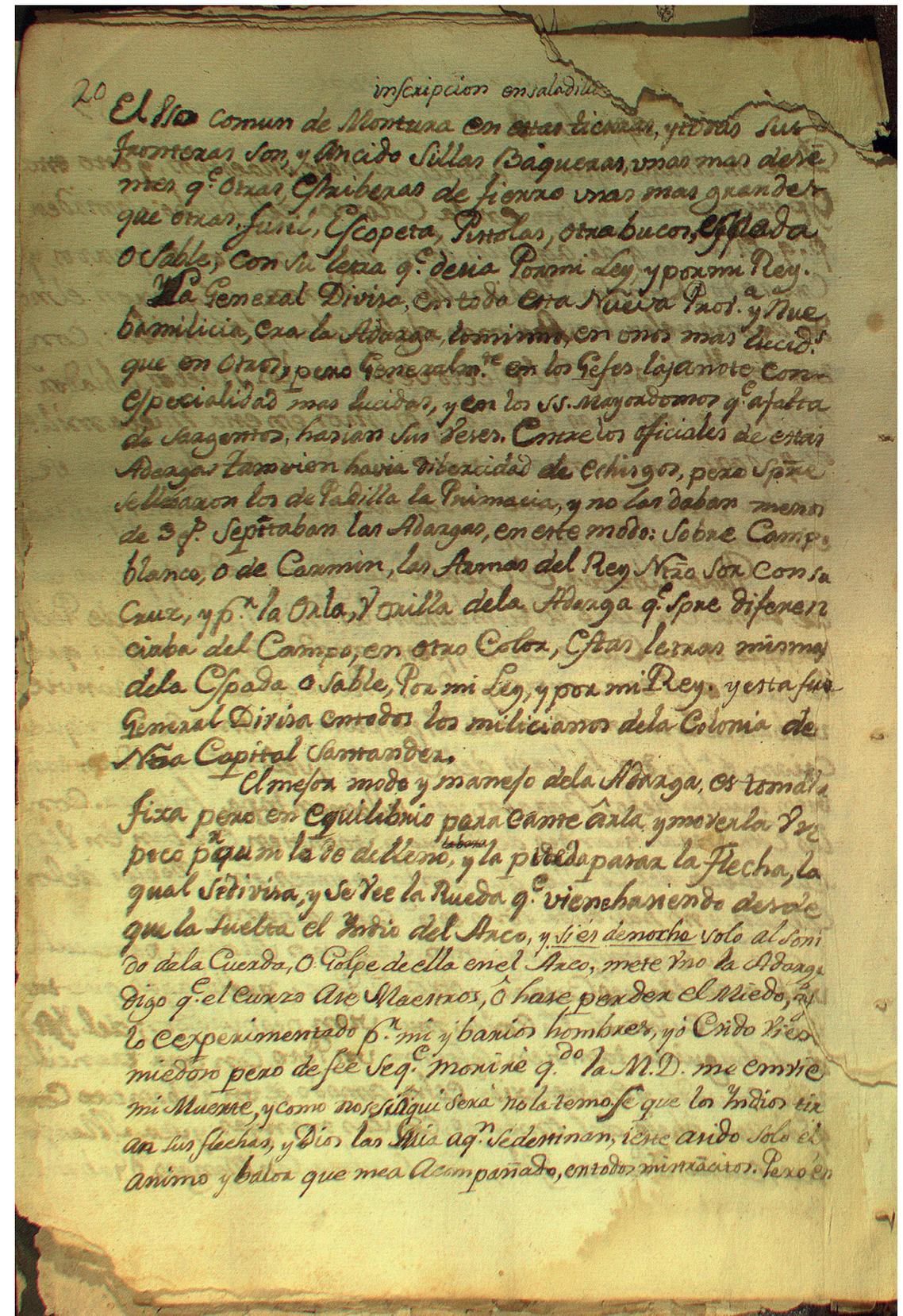


[9v] El uso común de montura en estas tierras y todas sus fronteras son y han sido sillars vaqueras unas más decentes que otras, estriberas de fierro, unas más grandes que otras; fusil, escopeta, pistolas o trabucos, espada o sable con su letra que decía: por mi ley y por mi rey.

La general divisa en toda esta nueva provincia y milicia era la adarga lo mismo en unos más lúcidas que en otros, pero generalmente en los jefes la anote con especialidad más lúcidas y con los señores mayordomos que a falta de sargentos hacían sus veces. Entre los oficiales de estas adargas también había diversidad de hechizos,¹⁴ pero siempre se llevaban los de Padilla la primacía, no las daban menos de tres pesos. Se pi[n]taban las adargas en este modo: sobre campo blanco o de carmín las armas del rey nuestro señor con su cruz; y por la orla u orilla de la adarga, que siempre diferenciaba del campo en otro color; estas letras mismas de la espada o sable: por mi ley y por mi rey. Y ésta fue general divisa en todos los milicianos de la Colonia de nuestra capital Santander.

El mejor modo y manejo de la adarga es tomarla fija, pero en equilibrio para cantarla y moverla un poco para que no le dé de lleno y la pueda pasar la flecha la cual se divisa y se ve la rueda que viene haciendo, desde que la suelta el indio del arco; y si es de noche sólo al sonido de la cuerda o golpe de ella en el arco mete uno la adarga. Digo que el curso hace maestros o hace perder el miedo; y lo he experimentado por mí y varios hombres: yo he sido bien miedoso, pero de fe sé que moriré cuando la majestad divina me envíe mi muerte; y como no sé si aquí será no la temo. Sé que los indios tiran sus flechas y Dios las guía a quien se destinan; y éste ha sido sólo el ánimo y valor que me ha acompañado en todos mis tránsitos.

Pero en



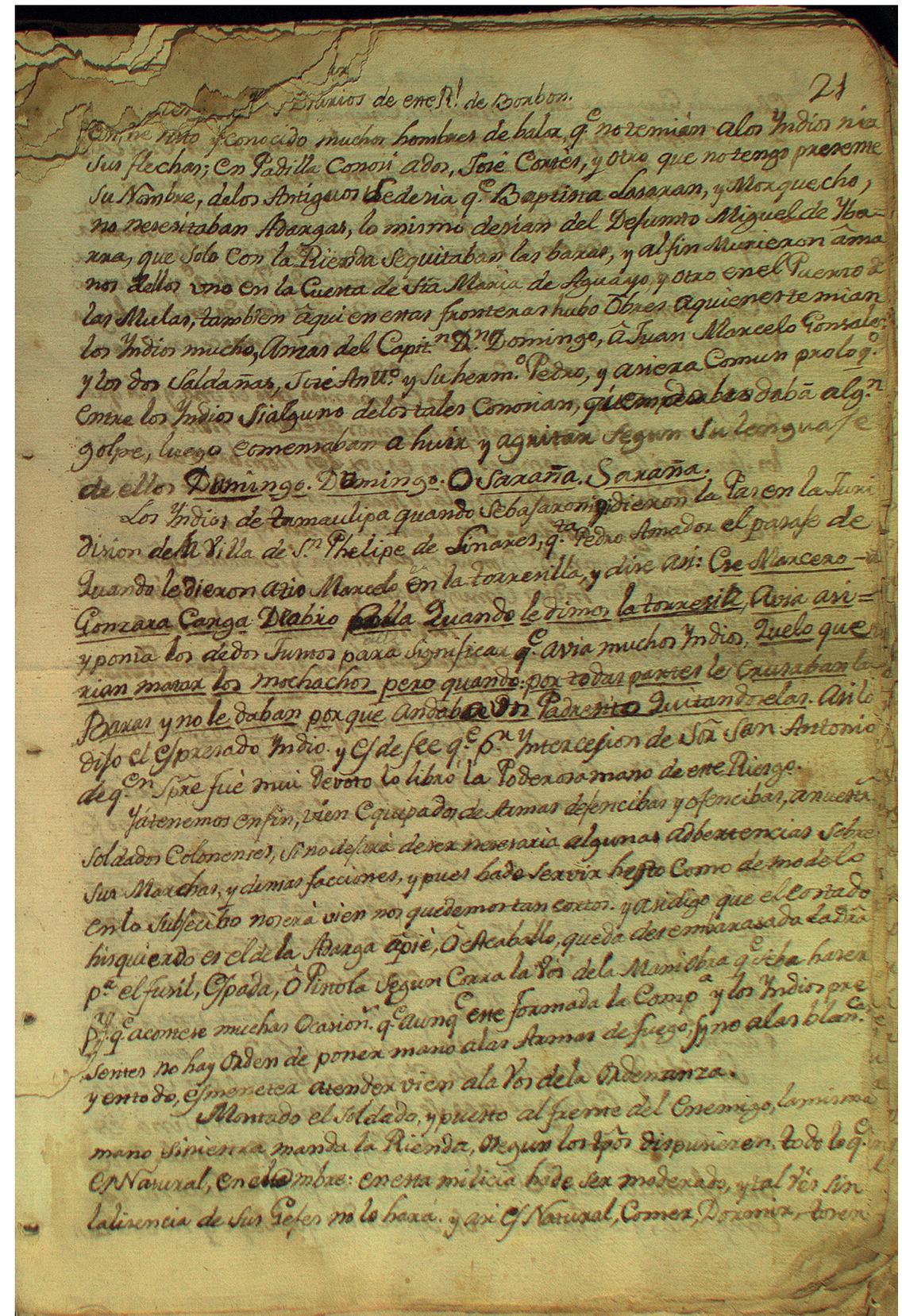
¹⁴ Artículos o confecciones elaborados por los mismos soldados.

[10] [fin] he visto y conocido muchos hombres de valor que no temían a los indios ni a sus flechas, en Padilla conocí a dos: José Cortés y otro que no tengo presente su nombre. De los antiguos se decía que Bautista [O]lazarán y Morquecho no necesitaban adargas. Lo mismo decían del difunto Miguel de Ibarra que sólo con la rienda se quitaba las varas. Y al fin murieron a manos de ellos: uno en la cuesta de Santa María de Aguayo y otro en el puerto de las Mulas. También aquí en estas fronteras hubo hombres a quienes temían los indios mucho: a más del capitán don Domingo [de Unzaga], a Juan Marcelo González y los dos Saldañas, José Antonio y su hermano Pedro; y así era común por lo que entre los indios si alguno de los tales conocía cuando les daban algún golpe luego comenzaban a huir y a gritar según su lenguaje de ellos: Domingo, Domingo Osaraña, Saraña.

Los indios de Tamaulipa cuando se bajaron y pidieron la paz en la jurisdicción de la villa de San Felipe de Linares, cuenta Pedro Amador el pasaje de cuando le dieron a tío Marcelo en la Torrecilla; y dice así: Ese Marcerero Gonzara carga de abro allá cuando le dimos la torrecilla; había, así y ponía los dedos juntos para significar que había muchos indios, que lo querían matar los mochachos, pero cuando por todas partes le cruzaban las varas y no le daban porque andaba un padrecito quitándoselas. Así lo dijo el expresado indio y es de fe que por intercepción de [l] señor San Antonio de quien siempre fue muy devoto lo libró la poderosa mano de este riesgo.

Ya tenemos bien equipados de armas defensivas y ofensivas a nuestros soldados colonenses, sino dejara de ser necesaria algunas advertencias sobre sus marchas y demás facciones; y pues ha de servir esto como de modelo en lo sucesivo no será bien nos quedemos tan cortos; y así digo que el costado izquierdo es el de la adarga a pie o a caballo; queda desembarazada la diestra para el fusil; espada o pistola según corra la voz de la maniobra que se va a hacer, porque acontece muchas ocasiones que aunque esté formada la compañía y los indios presentes no hay orden de poner mano a las armas de fuego, sino a las blancas y en todo es menester atender bien a la voz de la ordenanza.

Montado el soldado y puesto al frente del enemigo, la misma mano siniestra manda la rienda, o según los tiempos dispusieren todo lo que es natural, en el hombre. En esta milicia ha de ser moderado y tal vez sin la licencia de sus jefes no lo haría. Y así es natural: comer, dormir, toser,



[10v] estornudar, gargalear, hablar en alta voz, chupar, chispear, [hacer lumbre o man] dar el cuerpo, y en fin para muchas cosas de estas y otras, en fila o marchando, no puede hacer un soldado sin licencia de sus jefes.

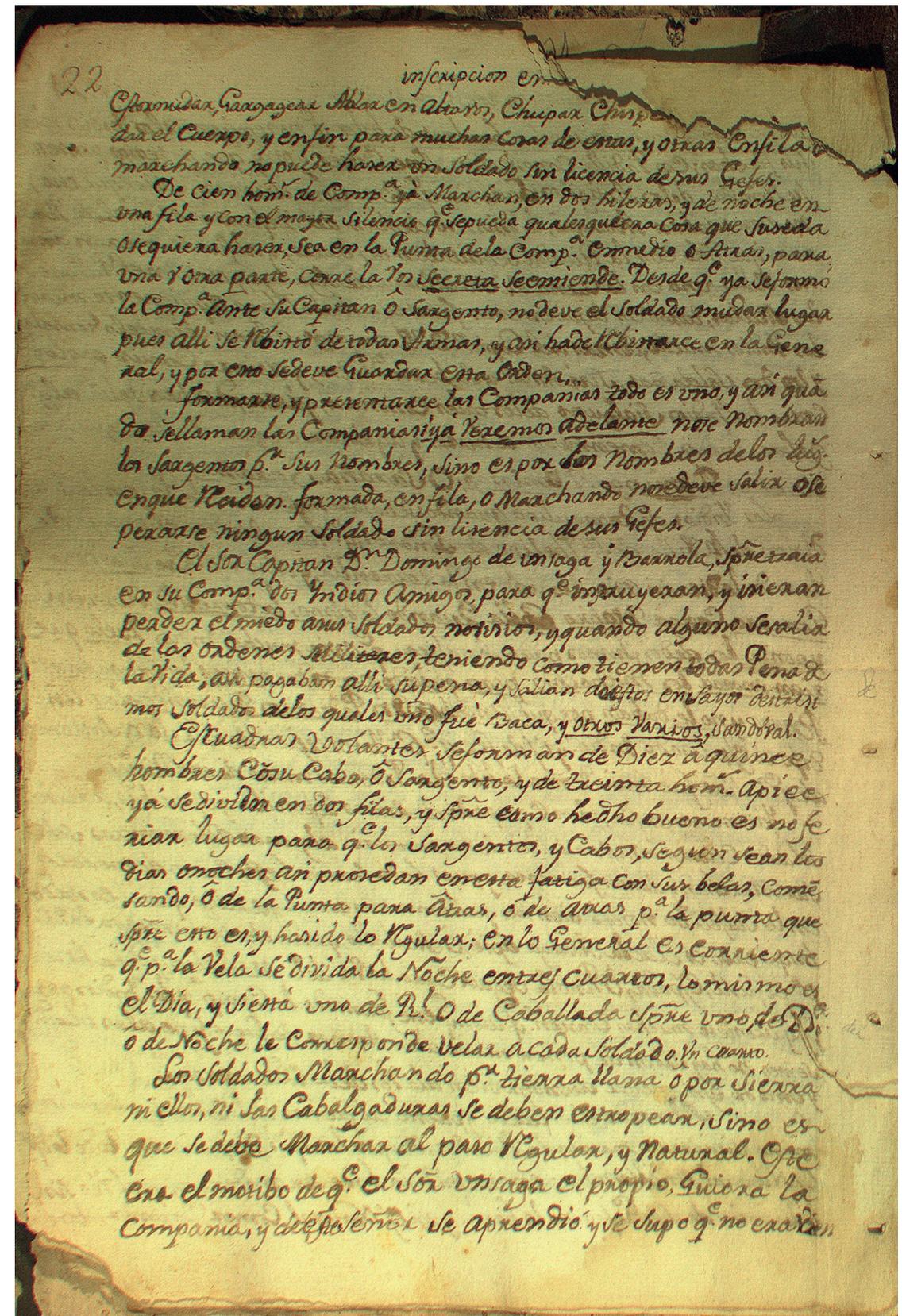
De 100 hombres de compañía ya marchan en dos hileras y de noche en una fila y con el mayor silencio que se pueda cualquier cosa que suceda o se quiera hacer, sea en la punta de la compañía, en medio o atrás, para una y otra parte corre la voz secreta se entiende. Desde que ya se formó la compañía ante su capitán o sargento no debe el soldado mudar lugar, pues allí se revistó de todas armas y así ha de revistarse en lo general; y por esto se debe guardar esta orden.

Formarse y presentarse las compañías todo es uno y así cuando se llaman las compañías, ya veremos adelante no se nombran los sargentos por sus nombres, sino es por los nombres de los lugares en que residen formada en fila o marchando no se debe salir o separarse ningún soldado sin licencia de sus jefes.

El señor capitán don Domingo de Unzaga [e] Ibarrola, siempre traía en su compañía dos indios amigos para que instruyeran e hicieran perder el miedo a sus soldados novicios; y cuando alguno se salía de las órdenes militares; teniendo como tienen todas pena de la vida, así pagaban allí su pena y salían de estos ensayos diestrísimos soldados de los cuales uno fue Baca, y otro varios, Sandoval.

Escuadras volantes se forman de diez a quince hombres con su cabo o sargento y de treinta hombres a pie ya se dividen en dos filas y siempre, como he dicho, bueno es no feriar lugar para que los sargentos y cabos según sean los días o noches así procedan en esta fatiga con sus velas, comenzando o de la punta para atrás, o de atrás para la punta que siempre esto es y ha sido lo regular, en lo general; es corriente que para la vela se divida la noche en tres cuartos los mismos es el día; y si está uno de real o de caballada siempre uno de día o de noche le corresponde velar a cada soldado un cuarto.

Los soldados marchando por tierra llana o por sierra ni ellos ni las cabalgaduras se deben estropear, sino es que se debe marchar al paso regular y natural. Éste era el motivo de que el señor Unzaga¹⁵ el propio guiara la compañía, y de este señor se aprendió y se supo que no era bien



¹⁵ Domingo de Unzaga e Ibarrola.

[11] [comer, dormir, toser, estornudar, garga]gear, hablar en voz alta, chupar, chispear lumbre o mandar su cuerpo y en fin muchas cosas de estas y otras marchando no puede un soldado hacer sin licencia de sus jefes; y sobre [todo] lo que es mentir, y bien notorio y visto fue el ejemplar que puso con tío Sandoval andando con su escuadra volante a las inmediaciones del paso de los soldados, y aun de aquí de esto infiero yo, quedaron muchos hombres enseñados y arreglados en todo. Andaba el dicho Sandoval de caballada en el día; levantó éste la voz estando toda la compañía en descanso o como decimos los campiranos sesteando, cuando dio el grito y como esta voz en semejantes tiempos era muy sobresaltada fue aquel un estrépito grande para toda la compañía y aun para el mismo señor capitán, pues se le desbocó su cabalgadura por aquellos campos; al fin se concluyó todo y se sacó, averiguados bien todos los alborotos, por las huellas que fue todo mentira. Mandó luego de contado labrar cuatro estacas y al rigor del sol mandó lo estacaran por tres horas sobre un hormiguero con dos hombres de guardia por los lados para que a cualquier extremo o voz que levantara le quitaran allí luego la vida. Pero entró misericordia. Para este señor ni había excusa ni imposibilidad ninguna, porque en haciendo el juicio, todo lo allanaba; y ese mismo era su dicho con lo que todo lo haría. Yo concurrí poco con su merced a las campañas, pues sólo una ocasión estuve en su compañía que fue el año de 64 que subieron este señor y el señor conde a la sierra de Tamaulipa donde estuvieron como por destacamento por algún tiempo. Aquí vi y anoté va[rias] cositas, pero en fin era voz común que en diciendo este señor: "hago juicio que esto [se] ha de hacer", no había contradicción ninguna que valiera. Si siguiendo las huellas de los bárbaros, éstos se precipitaban por un voladero, se subían por alguna eminencia de algún peñasco, y el que iba siguiendo las huellas le decía así: "señor, los indios por este voladero se precipitaron y la compañía no ha de poder ir por aquí", respondía y decía: "hago juicio que más tienen ellos que nosotros y pues ellos van por allí, también nosotros hemos de ir". Los mismos indios amigos flecheros que instruían a los soldados que antes tengo dicho, estos mismos servían de espías o rastros que fue siempre José Antonio, el pame, y otro que se nombraba Ascencio de Soto.

Bastará esto para modelo y norma de cómo han de marchar las compañías, pero nos falta decirles cómo han de formar el medio círculo o media luna donde hayan de parar y para esto puesto el cuerpo de guardia o comandante de la compañía al frente, hace el sargento su media luna y arrendando el caballo todos los soldados sobre su mano derecha que lo refiere el sargento con esta voz: ¡a la derecha y caras afuera!, así queda toda compañía puesta en forma de media luna y el sargento concluye con esta voz: ¡pie a tierra!

Supuesto que ya vimos una media luz de este nuevo arte de milicia e ínter que lo comprenden nuestros milicianos veremos qué hacen los indios en su remontamiento lo cual referiremos por el siguiente capítulo.

